

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DOÑA AGUSTINA. DOÑA MARIQUITA. D. SERAPIO.
D. HERMÓGENES. D. ELEUTERIO.

(Salen por la puerta del foro.)

D. SERAPIO.

El trueque de los puñales, créame usted, es de lo mejor que se ha visto.

D. ELEUTERIO.

¿Y el sueño del emperador?

DOÑA AGUSTINA.

¿Y la oracion que hace el visir á sus ídolos?

DOÑA MARIQUITA.

Pero á mí me parece que no es regular que el emperador se durmiera, precisamente en la ocasion mas....

D. HERMÓGENES.

Señora, el sueño es natural en el hombre, y no hay dificultad en que un emperador se duerma, porque los vapores húmedos que suben al cerebro....

DOÑA AGUSTINA.

¿Pero usted hace caso de ella? ¿Qué tontearía! Si no sabe lo que se dice. Y á todo esto, ¿qué hora tenemos?

D. SERAPIO.

Serán. Deje usted. Podrán ser ahora....

D. HERMÓGENES.

Aquí está mi relox *(Saca su relox.)*, que es puntualísimo. Tres y media cabales.

DOÑA AGUSTINA.

¡Oh! pues aún tenemos tiempo. Sentémonos, una vez que no hay gente.

(Siéntanse todos, menos Don Eleuterio.)

D. SERAPIO.

¿Qué gente ha de haber? Si fuera en otro cualquier dia.... pero hoy todo el mundo va á la comedia.

DOÑA AGUSTINA.

Estará lleno, lleno.

D. SERAPIO.

Habr  hombre que dará esta tarde dos medallas por un asiento de luneta.

D. ELEUTERIO.

Ya se v , comedia nueva, autor nuevo, y.....

DOÑA AGUSTINA.

Y que ya la habrán leido muchísimos, y sabrán lo que es. Vaya, no cabrá un alfiler; aunque fuera el coliseo siete veces mas grande.

D. SERAPIO.

Hoy los Chorizos (*) se mueren de frio y de miedo. Ayer noche apostaba yo al marido de la Graciosa seis onzas de oro   que no tienen esta tarde en su corral cien reales de entrada.

D. ELEUTERIO.

  Con que la apuesta se hizo en efecto?   Eh?

D. SERAPIO.

No llegó el caso, porque yo no tenia en el

(*) Véase el prólogo de este tomo.

bolsillo mas que dos reales y unos cuartos.....
Pero  c mo los hice rabiar! y qué.....

D. ELEUTERIO.

Soy con ustedes: voy aqui   la librería, y vuelvo.

DOÑA AGUSTINA.

  A qué?

D. ELEUTERIO.

  No te lo he dicho? Si encargó que me trajesen ahí la razon de lo que va vendido, para que.....

DOÑA AGUSTINA.

S , es verdad. Vuelve presto.

D. ELEUTERIO.

Al instante. (*Vase.*)

DOÑA MARIQUITA.

  Qué inquietud!   qué ir y venir! No para este hombre.

DOÑA AGUSTINA.

Todo se necesita, hija; y si no fuera por su buena diligencia, y lo que él ha minado y revuelto, se hubiera quedado con su comedia escrita y su trabajo perdido.

DOÑA MARIQUITA.

¿Y quién sabe lo que sucederá todavía, hermana? Lo cierto es que yo estoy en brasas; porque, vaya, si la silban, yo no sé lo que será de mí.

DOÑA AGUSTINA.

¿Pero por qué la han de silbar, ignorante? ¿Qué tonta eres, y qué falta de comprension!

DOÑA MARIQUITA.

Pues: siempre me está usted diciendo eso.
(Sale Pipi por la puerta del foro con platos, botellas, etc. Lo deja todo sobre el mostrador, y vuelve á irse por la misma parte.) Vaya que algunas veces me..... ¡Ay, Don Hermógenes! no sabe usted qué ganas tengo de ver estas cosas concluidas, y poderme ir á comer un pedazo de pan con quietud á mi casa, sin tener que sufrir tales sinrazones.

D. HERMÓGENES.

No el pedazo de pan, sino ese hermoso pedazo de cielo, me tiene á mí impaciente hasta que se verifique el suspirado consorcio.

DOÑA MARIQUITA.

¡Suspirado, sí, suspirado! Quién le creyera á usted.

D. HERMÓGENES.

¿Pues quién ama tan de veras como yo? cuando ni Píramo, ni Marco Antonio, ni los Ptolomeos Egipcios, ni todos los Seleúcidas de Asiria sintieron jamas un amor comparable al mio.

DOÑA AGUSTINA.

¡Discreta hipérbole! Viva, viva. Respóndele, bruto.

DOÑA MARIQUITA.

¿Qué he de responder, señora, si no le he entendido una palabra?

DOÑA AGUSTINA.

¡Me desespera!

DOÑA MARIQUITA.

Pues digo bien. ¿Qué sé yo quien son esas gentes de quien está hablando? Mire usted, para decirme: Mariquita, yo estoy deseando que nos casemos. Asi que su hermano de usted coja esos cuartos, verá usted como todo se dispone: porque la quiero á usted mucho, y es usted muy guapa muchacha, y tiene usted unos ojos muy peregrinos, y..... ¿Qué sé yo? Así. Las cosas que dicen los hombres.

DOÑA AGUSTINA.

¡Sí, los hombres ignorantes, que no tienen crianza ni talento, ni saben latin.

DOÑA MARIQUITA.

¡Pues, latin! Maldito sea su latin. Cuando le pregunto cualquiera friolera, casi siempre me responde en latin, y para decir que se quiere casar conmigo, me cita tantos autores. Mire usted qué entenderán los autores de eso, ni qué les importará á ellos que nosotros nos casemos ó no.

DOÑA AGUSTINA.

¡Qué ignorancia! Vaya, Don Hermógenes: lo que le he dicho á usted. Es menester que usted se dedique á instruirla y descortezarla; porque la verdad, esa estupidez me avergüenza. Yo, bien sabe Dios que no he podido mas: ya se ve, ocupada continuamente en ayudar á mi marido en sus obras, en corregírselas (como usted habrá visto muchas veces), en sugerirle ideas á fin de que salgan con la debida perfeccion, no he tenido tiempo para emprender su enseñanza. Por otra parte, es increíble lo que aquellas criaturas me molestan. El uno que llora, el otro que quiere mamar, el otro que rompió la taza, el otro

que se cayó de la silla, me tienen continuamente afanada. Vaya: yo lo he dicho mil veces, para las mugeres instruidas es un tormento la fecundidad.

DOÑA MARIQUITA.

¡Tormento! ¡Vaya, hermana, que usted es singular en todas sus cosas! Pues yo si me caso, bien sabe Dios que....

DOÑA AGUSTINA.

Calla, majadera, que vas á decir un disparate.

D. HERMÓGENES.

Yo la instruiré en las ciencias abstractas: la enseñaré la prosodia: haré que copie á ratos perdidos el arte magna de Raymundo Lulio, y que me recite de memoria todos los martes dos ó tres hojas del diccionario de Rubiños. Despues aprenderá los logarithmos y algo de la estática: despues....

DOÑA MARIQUITA.

Despues me dará un tabardillo pintado, y me llevará Dios. ¡Se habrá visto tal empeño! No señor: si soy ignorante, buen provecho me haga. Yo sé escribir y ajustar una cuenta, sé guisar, sé aplanchar, sé coser, sé zurcir, sé bordar, sé

cuidar de una casa: yo cuidaré de la mía, y de mi marido, y de mis hijos, y yo me los criaré. Pues señor, ¿no sé bastante? Que por fuerza he de ser doctora y marisabidilla, y que he de aprender la gramática, y que he de hacer coplas. ¿Para qué? ¿para perder el juicio? que permita Dios si no parece casa de locos la nuestra, desde que mi hermano ha dado en esas manías. Siempre disputando marido y muger sobre si la escena es larga ó corta, siempre contando las letras por los dedos para saber si los versos estan cabales ó no, si el lance á obscuras ha de ser antes de la batalla ó despues del veneno, y manoseando continuamente gacetas y mercurios para buscar nombres bien extravagantes, que casi todos acaban en *of* y en *graf*, para embutir con ellos sus relaciones..... Y entretanto ni se barre el cuarto, ni la ropa se lava, ni las medias se cosen; y lo que es peor, ni se come ni se cena. ¿Qué le parece á usted que comimos el domingo pasado, Don Serapio?

D. SERAPIO.

Yo, señora, ¿cómo quiere usted que.....

DOÑA MARIQUITA.

Pues lléveme Dios, si todo el banquete no

se redujo á libra y media de pepinos, bien amarillos y bien gordos, que compré á la puerta, y un pedazo de rosca que sobró del día anterior. Y éramos seis bocas á comer, que el mas desganado se hubiera engullido un cabrito y media hornada sin levantarse del asiento.

DOÑA AGUSTINA.

Esta es su cancion. Siempre quejándose de que no come, y trabaja mucho. Menos como yo, y mas trabajo en un rato que me ponga á corregir alguna escena, ó arreglar la ilusion de una catástrofe, que tú cosiendo y fregando, ú ocupada en otros ministerios viles y mecánicos.

D. HERMÓGENES.

Sí Mariquita, sí: en eso tiene razon mi señora Doña Agustina. Hay gran diferencia de un trabajo á otro, y los experimentos cotidianos nos enseñan, que toda muger que es literata y sabe hacer versos, *ipso facto* se halla exonerada de las obligaciones domésticas. Yo lo probé en una disertacion que leí á la Academia de los Cinocéfalos. Allí sostuve que los versos se confeccionan con la glándula pineal, y los calzoncillos con los tres dedos llamados *pollex*, *index*, é *infamis*: que

es decir, que para lo primero se necesita toda la argucia del ingenio; cuando para lo segundo basta solo la costumbre de la mano. Y concluí á satisfaccion de todo mi auditorio, que es mas difícil hacer un soneto, que pegar un hombrillo; y que mas elogio merece la muger que sepa componer décimas y redondillas, que la que solo es buena para hacer un pisto con tomate, un ajo de pollo, ó un carnero verde.

DOÑA MARIQUITA.

Aun por eso en mi casa no se gastan pistos, ni carneros verdes, ni pollos, ni ajos. Ya se ve: en comiendo versos no se necesita cocina.

D. HERMÓGENES.

Bien está, sea lo que usted quiera, ídolo mio; pero si hasta ahora se ha padecido alguna estrechez (*angustam pauperiem* que dijo el profano), de hoy en adelante será otra cosa.

DOÑA MARIQUITA.

¿Y qué dice el profano? ¿que no silbarán esta tarde la comedia?

D. HERMÓGENES.

No señora, la aplaudirán.

D. SERAPIO.

Durará un mes, y los cómicos se cansarán de representarla.

DOÑA MARIQUITA.

No, pues no decian eso ayer los que encontramos en la botillería. ¿Se acuerda usted, hermana? Y aquel mas alto, á fé que no se mordía la lengua.

D. SERAPIO.

¿Alto? ¿uno alto, eh? Ya le conozco (*Se levanta.*) ¡Picaron, vicioso! Uno de capa, que tiene un chirlo en las narices. ¡Bribon! Ese es un oficial de guarnicionero, muy apasionado de la otra compañía. ¡Alborotador! que él fue el que tuvo la culpa de que silbaran la comedia de *El Monstruo mas espantable del Ponto de Calidonia*, que la hizo un sastre pariente de un vecino mio; pero yo le aseguro al.....

DOÑA MARIQUITA.

¿Qué tonterías está usted ahí diciendo? Si no es ese de quien yo hablo.

D. SERAPIO.

Sí, uno alto, mala traza, con una señal que le coge.....

*

DOÑA MARIQUITA.

Si no es ese.

D. SERAPIO.

¡Mayor gatallon! ¡Y qué mala vida dió á su muger! ¡Pobrecita! Lo mismo la trataba que á un perro.

DOÑA MARIQUITA.

Pero si no es ese, dale. ¿A qué viene cansarse? Este era un caballero muy decente: que no tiene ni capa, ni chirlo, ni se parece en nada al que usted nos pinta.

D. SERAPIO.

Ya; pero voy al decir. ¡Unas ganas tengo de pillar al tal guarnicionero! No irá esta tarde al patio, que si fuera.... ¡eh!.... Pero el otro dia, qué cosas le digimos alli en la plazuela de San Juan. Empeñado en que la otra compañía es la mejor, y que no hay quien la tosa. ¿Y saben ustedes (*Vuelve á sentarse.*) por qué es todo ello? Porque los domingos por la noche se van él y otros de su pelo á casa de la Ramirez, y alli se estan parlando en el recibimiento con la criada: despues les saca un poco de queso, ó unos pimientos en vinagre, ó asi; y luego se van á palmotear

como desesperados á las barandillas y al degolladero (*). Pero no hay remedio: ya estamos prevenidos los apasionados de acá, y á la primera comedia que echen en el otro corral zas, sin remision, á silbidos se ha de hundir la casa. A ver.....

DOÑA MARIQUITA.

¿Y si ellos nos ganasen por la mano, y hacen con la de hoy otro tanto?

DOÑA AGUSTINA.

Sí, te parecerá que tu hermano es lerdo, y que ha trabajado poco estos dias para que no le suceda un chasco. Él se ha hecho ya amigo de los principales apasionados del otro corral; ha estado con ellos; les ha recomendado la comedia,

(*) Llamábase así la division formada con tablas y maderos fuertes entre las lunetas principales y el patio, el cual comprendia, despejado, y sin bancos en medio, todo el terreno que ocupan hoy las lunetas y asientos llamados de patio. Los espectadores estaban de pie, y en grandes entradas ó concurrencias se estrechaban y oprimian tan violenta y descompasadamente por esfuerzos y movimientos generales, dichos *oleadas*, que los mas próximos á la escena solian quedar los últimos, sufriendo siempre vehementes y terribles apretones contra la misma madera, cuya altura venia puntualmente á la gola ó cuello de un hombre de estatura regular, que casi se ahogaba; de lo que provino el nombre de *degolladero*.

y les ha prometido que la primera que componga será para su compañía. Además de eso, la dama de allá le quiere mucho; él va todos los días á su casa á ver si se la ofrece algo, y cualquiera cosa que allí ocurre, nadie la hace sino mi marido. Don Eleuterio, tráigame usted un par de libras de manteca. Don Eleuterio, eche usted un poco de alpiste á ese canario. D. Eleuterio, dé usted una vuelta por la cocina, y vea usted si empieza á espumar aquel puchero; y él, ya se ve, lo hace todo con una prontitud y un agrado, que no hay mas que pedir; porque en fin el que necesita, es preciso que..... Y por otra parte, como él, bendito sea Dios, tiene tal gracia para cualquier cosa, y es tan servicial con todo el mundo. ¡Qué silbar!.... No, hija, no hay que temer; á buenas aldabas se ha agarrado él para que le silben.

D. HERMÓGENES.

Y sobre todo, el sobresaliente mérito del drama bastaría á imponer taciturnidad y admiración á la turba mas gárrula, mas desenfrenada é insipiente.

DOÑA AGUSTINA.

Pues ya se ve. Figúrese usted una comedia

heróica como esta, con mas de nueve lances que tiene. Un desafio á caballo por el patio, tres batallas, dos tempestades, un entierro, una función de máscara, un incendio de ciudad, un puente roto, dos ejercicios de fuego y un ajusticiado; figúrese usted si esto ha de gustar precisamente.

D. SERAPIO.

¡Toma si gustará!

D. HERMÓGENES.

Aturdirá.

D. SERAPIO.

Se despoblará Madrid por ir á verla.

DOÑA MARIQUITA.

Y á mí me parece que unas comedias así debían representarse en la plaza de los toros.

ESCENA II.

D. ELEUTERIO. DOÑA AGUSTINA. DOÑA MARIQUITA.

D. SERAPIO D. HERMÓGENES.

DOÑA AGUSTINA.

Y bien: ¿qué dice el librero? ¿Se despachan muchas?